

de Monterrey el mandato de Felipe II, y habiendo reunido a los principales Padres de la Compañía que vivían en la capital, les agradeció con palabras encarecidas, en nombre de Su Majestad el Rey Felipe II, el cuidado que ponían en aprender las lenguas de los infieles y en administrar los Santos Sacramentos. «Ellos han estimado mucho, dice el Virrey, el favor, y prometen trabajar con nuevo aliento en la predicación del Evangelio y en servicio de Su Majestad» (1).

Efectivamente: nuestros Padres, dejando a los franciscanos cuidar de los tlascaltecas, continuaron con mucho aliento la instrucción de los indios chichimecas, y por gracia de Dios consiguieron en breve muchísimo fruto en aquellas almas, algo duras y rebeldes, pero no tan mal dispuestas a la doctrina de la fe. El P. Esteban Páez, que empezó a ser Provincial en 1594, visitando una vez la casa de Zacatecas, quiso extenderse a ver las reducciones de estos chichimecas y llegó al pueblo de San Luis de la Paz. Quedó prendado de la buena disposición que halló en aquellos indígenas. Escribiendo al P. General, le decía: «Una legua antes de San Luis salieron a recibirme muchos indios chichimecas a caballo, con sus espadas ceñidas a la española, y otros, asimismo, con sus arcos y flechas que causaban horror. A la puerta de la iglesia nos esperaba el resto del pueblo, muy en orden: los hombres a un lado y las mujeres a otro. Después de una breve oración hice que se preguntaran el catecismo unos a otros, y en este género los chichimequillos de la escuela o seminario nos fueron de mucha recreación, porque se preguntaban y se respondían con mucha presteza, no sólo las preguntas ordinarias de la doctrina, sino el ayudar a Misa y lo que se responde a los bautismos solemnes, lo cual decían con tanta distinción y buena pronunciación como si hubieran estudiado latín algunos años. Al día siguiente dije Misa, oficiándola los mismos indios en canto llano con tanta destreza, que los españoles no lo harían mejor. Con esto se van domesticando y aficionando a la virtud, y con su ejemplo otros infieles de la misma nación, grandes salteadores y homicidas, van saliendo a poblado» (2).

6. A otras naciones se extendió por entonces el celo de nuestros Padres. Desde 1593, observando la posición oportuna que ocupaba la ciudad de Durango para evangelizar desde allí a muchas naciones

(1) Sevilla. Arch. de Indias, 58-3-12. Monterrey a Felipe II. Méjico, 27 Noviembre 1597.

(2) Texto copiado por Alegre, t. I, pág. 305.

de gentiles, se había pensado establecer domicilio estable en esta ciudad. El año siguiente, 1594, empezaron a vivir como por vía de residencia algunos Padres, y andando el tiempo la residencia de Guadiana, como se decía entonces a Durango, vino a transformarse en colegio regular (1). De esta residencia partió la primera expedición al país llamado de Parras, por lo bien que se produjo la vid plantada en aquella región, y también de la Laguna de San Pedro, por el nombre de aquella gran laguna en cuya vecindad estaban establecidos muchos indios. Fueron destinados a esta misión los PP. Jerónimo Ramírez y Juan Agustín. El primero entró en el verano de aquel mismo año y se estableció, por de pronto, en el pueblo de Cuencame, que está en un valle ameno, cercado de serranías algo distantes. «Cuando llegaba a su pueblo, escribe el mismo Padre, el 31 de Agosto de 1594, me salieron a recibir algunos indios a caballo y con algún vestido, gente bien dispuesta. En el pueblecito había pocas casas y gente, pero esa que había cuando llegué a él me recibió con mucha afabilidad, divididas las mujeres de los hombres, y algunos indios principales que habían concurrido del río, teniendo noticia de mi entrada, me hicieron presente de algunos de los frutos y semillas que cogen, con grandes muestras de alegría... Hospedéme en una casa de adobes. La casita, aunque pequeña, me pareció al presente lo más a propósito para hacerse la Iglesia, y los indios cubrieron un portalito que nos sirviese de vivienda. He comenzado a aprender la lengua y dispener la doctrina y catecismo» (2). Poco después llegó el P. Juan Agustín, que ya conocía algún tanto desde niño, por haberse criado en Zacatecas, la lengua de estos indios. Éste también fué muy bien recibido por los naturales, y empezó desde luego a enseñarles la doctrina y a instruirlos en la fe. Según él mismo escribe, halló muy buena acogida en casi todos, y empezó a administrar el Sacramento del Bautismo, primero a algunos niños cuya vida peligraba y después a otros adultos que se iban disponiendo (3).

En vista de la buena disposición de esta gente, se enviaron después algunos sujetos más y se nombró superior de todos al P. Francisco de Arista, hombre de mucha prudencia y celo apostólico, el cual entabló con toda regularidad la misión de Parras. Fué gran

(1) *Vide Alegre*, t. I, pág. 269.

(2) Carta copiada por el P. Rivas, l. XI, c. 3.

(3) *Ibid.*, c. 4.

fortuna para nuestros Padres que estos indios, contra lo que suele suceder en tribus salvajes, se mostrasen bastante dispuestos a reunirse, formando población en aquellos sitios que les señalaron los misioneros. El mismo P. Arista, escribiendo sobre los principios de la misión, nos dice: «Han venido, hasta ahora, de cien en cien los indios con sus familias, y con ellos muchos otros exploradores, para hacer cata de la nueva fruta, y según la prueben, darles nuevas en su tierra y tratar de congregarse... Parece se le va ya cumpliendo a esta gente el tiempo de la salud, según los plazos de la divina Providencia. Acúdense al presente a lo espiritual y temporal de esta buena gente siempre con respecto de ganarles las voluntades, convidando de cuando en cuando a los caciques con comidas en nuestra casa y las fiestas principales a todo el pueblo... El estilo que se tiene con la gente que viene de nuevo para asentar en las poblaciones que se van congregando es medirles sitio para casa, huerto y alguna sementera corta de las que ellos usaban junto a sus casas, con orden de calles, como lo usan muchos pueblos mejicanos, visitándolos para ver la disposición que dan a sus casas y saber si hay algún enfermo, para acudirle así en lo espiritual como con el sustento en lo que se puede a los cuerpos. Hase comenzado a catequizar de propósito para el santo Bautismo buen número de adultos, con catecismos que se han puesto en dos lenguas, y sobre él se les hacen sus pláticas, con que van haciendo concepto de las cosas de la religión cristiana.» De este modo se empezó a entablar la misión de Parras, donde al cabo de unos diez años, según las cuentas del P. Andrés Pérez de Rivas, formaban los neófitos cinco grandes pueblos y otras cinco pequeñas aldeítas, algo apartadas, que nuestros misioneros solían llamar visitas (1).

7. Dos años después, en 1596, daban principio nuestros Padres a la misión llamada de Tepehuanes. Vivían estos pueblos en las sierras que corren desde la llamada Nayarit hasta las regiones de los tarau-
mares, en la parte septentrional de la actual República Mejicana. No eran muy numerosos estos indios, pero mostraban bastante entendimiento y habían conocido algo a los españoles por las minas descubiertas en la sierra de Topía, con las cuales se comunicaban estos indígenas. Entró a visitarlos el P. Jerónimo Ramírez y quedó algo

(1) En el mismo P. Rivas, l. XI, desde el c. 3 en adelante, puede verse la relación del principio y progreso de esta misión, con algunas cartas textuales de los misioneros que la entablaron.

sorprendido de ver la buena disposición intelectual que manifestaban algunos de aquellos indios y la feliz memoria con que retenían cuanto les enseñaban. Escribía el mismo Padre que había hallado un indio «tan fijo en la memoria, que oyendo una vez el catecismo pudo luego hacer oficio de maestro y enseñar a otros, y había indios que oyendo un sermón lo referían de memoria al día siguiente sin equivocarse en ningún punto sustancial» (1). El misionero procuró atraerlos con dulzura, y conocida la buena disposición de sus ánimos, pensó seriamente en anunciar el reino de Dios por todas las tierras que habitaban aquellos bárbaros. Celebró entre ellos la Semana Santa con la solemnidad que podía, dispuso una procesión, arregló algunas banderas y altares, y con este espectáculo despertó la curiosidad de los indios, que le escuchaban cada vez con más avidez. Hubo alguna resistencia, como en casi todos estos pueblos, en tal cual hechicero que engañaba a los indios y los apartaba de la verdadera fe; pero, gracias a Dios, el misionero supo desengañar a los pobres, y la doctrina cristiana fué penetrando poco a poco por aquellas sierras de los tepehuanes. Sin embargo, se observó que el progreso de la fe no era tan rápido y feliz como se había esperado a los principios. Fuese por el genio belicoso y vagabundo de los tepehuanes, fuese por algunas molestias que hubiesen padecido de los españoles, es lo cierto que siempre mostraron dureza de carácter, y según pasaban los años, empezaron a temer cada vez más los misioneros que aquellos hombres no habían de parar en bien. Y efectivamente, no fué errada esta predicción, pues a los veinte años, como veremos a su tiempo, estalló entre estos indios una espantosa sublevación, que proporcionó la corona del martirio a varios misioneros.

8. Algo más felices fueron los jesuítas en la sierra llamada de Topía, que era una de tantas ramas de la vasta cordillera de los Andes que en el norte de la Nueva España se dilata por uno y otro lado en bastante extensión.

El haberse descubierto allí algunas minas preciosas atrajo desde antiguo a varios españoles que formaron lo que entonces se llamaba un real, es decir, un pueblo español algo fortificado, donde se reunían los colonos y una muchedumbre de indios que trabajaban en el laboreo de las minas. En 1592, habiendo oído estos españoles que el P. Gonzalo de Tapia se había establecido en Cinaloa a no

(1) Citada por Alegre, t. I, pág. 320.

mucha distancia de su sierra, enviáronle a rogar que pasase a Topía para predicar a ellos y oír sus confesiones y catequizar también a los indios que allí trabajaban. Hízoles, en efecto, una visita el P. Tapia, y derramó a manos llenas los bienes espirituales que en tales ocasiones solían esparcir nuestros misioneros, pues la venida de ellos se consideraba en tales pueblos de Indias como una especie de jubileo de que todos procuraban aprovecharse (1). No pudo perseverar allí el P. Tapia, quien se volvió al país de Cinaloa que le había señalado la santa obediencia.

Pasados unos cinco años, el P. Hernando de Santarén, uno de los más fervorosos apóstoles que se habían visto en aquellos países, dirigióse desde Cinaloa a la sierra de Topía, y empezó a establecer una misión con los indios, no solamente de las minas, sino con otros esparcidos en aquellos picachos de difícil acceso y que constituyen la mayor dificultad que siempre tuvo esta misión. Cuesta trabajo concebir la topografía de este país. Copiaremos unas palabras que escribe el P. Andrés de Rivas, quien visitó personalmente estas regiones: «He dejado, dice, para este lugar el escribir de propósito una dificultad propia de esta misión... Ésta es que, demás de las cuevas inaccesibles que al principio dije habían vencido los españoles para entrar al descubrimiento de sus minas, a los Padres les queda otra no menor dificultad que vencer y más continua, para visitar y doctrinar muchos pueblos de esta misión y administrarles en todos tiempos y ocasiones los Santos Sacramentos. La dificultad es haber de caminar por la célebre quebrada que llaman de Topía y vadear su río, para que es menester atravesarlo más de trescientas y sesenta veces. Tantos vados como días tiene el año tienen contados los españoles que es menester atravesar para pasar una sola vez la quebrada. Pues ¿quién podrá contar las veces que por tantos años y tan frecuentemente la han pasado los Padres de esta misión, y más si les sucedía cogerles un aguacero en ella, que no es pocas veces, y otras, cuando menos pensaban, una o muchas noches?» (2) Á pesar de tantas dificultades, procuraron nuestros Padres ir ganando las voluntades de los indios esparcidos por aquellas sierras. Los atraieron poco a poco a que se congregasen en puestos oportunos, formando algunas poblaciones acomodadas para su doctrina. Interrumpió bastante el fruto de esta misión una rebelión que ocurrió de los indios acajes, pero al

(1) Véase esta excursión del P. Tapia en Rivas, l. II, c. 4.

(2) Rivas, l. VIII, c. 6.

fin fué sosegada por el Gobernador de Nueva Vizcaya, que entró con una escuadra de españoles e indios amigos por la sierra de Topía y puso paz a mano armada entre los rebelados. Continuaron con esto cada vez más animosos los jesuítas y Dios Nuestro Señor bendijo sus trabajos apostólicos, concediéndoles formar algunos pueblos que, al cabo de pocos años, encerraban algunos miles de cristianos.

Todas estas misiones de Cinaloa, Chichimecas, Parras, Tepehuanes y Topía, fueron generalmente creciendo, aunque siempre entre sustos de levantamientos, de invasiones de enemigos, de epidemias que de vez en cuando se cebaban terriblemente en los indios, y entre los apuros económicos que siempre habían de padecer nuestros Padres en regiones tan apartadas, faltos de todo lo necesario.

9. En 1609, D. Luis de Velasco, Virrey por segunda vez de Nueva España, enviaba a Felipe III una breve relación de las misiones que hacían los jesuítas en el norte de Méjico, y condensando al fin en pocas palabras el fruto de ellas, decía así: «Las misiones hechas hasta aquí son cuatro en que tienen cuarenta y cuatro religiosos, dos solos en cada doctrina, por no tener los que más serían menester. La primera misión es la de Cinaloa, en que tienen ya cristianas al pie de veinte mil personas, y hay más de otras cincuenta mil que piden Bautismo, y por falta de ministros no se les ha dado. Otra es la de Topía, donde dicen que hay más de diez mil indios bautizados y otros muchos, como son: gigimes, barmos, tarantapas y otras naciones que piden bautismo. Otra es la de los tepehuanes, donde dicen haber tres mil cristianos y más de otros tres mil que lo quieren ser, y que esta nación es muy grande y se extiende por más de trescientas leguas de serranía, y que cada día se descubren nuevas gentes que piden bautismo. Otra es la que llaman de las Parras y Laguna Grande, que tiene más de cuatro mil cristianos y que alrededor de ella viven muchos indios infieles de que cada día vienen a pedir el bautismo. Todas estas naciones que la Compañía doctrina es gente bárbara, desnuda y muy pobre, donde no llegan clérigos ni religiosos por las asperezas de la sierra y fiereza de los naturales, de cuya causa padecen muchas incomodidades temporales y soledad. Los Padres que entre ellos andan, aunque después que se les han dado algunos compañeros que por mi orden han ido, viven más consolados, pero son pocos para lo mucho que tienen que hacer, y hay precisa necesidad de que Vuestra Majestad mande enviar religiosos de ese Reino, como otras veces se ha hecho, porque los que están en

esta provincia andan tan ocupados en sus ministerios ordinarios, que no pueden acudir á otros ni hacer ausencia» (1).

Tal era el estado de las misiones de la Compañía al norte de Nueva España en el año 1609. Los cinco años siguientes fueron extendiéndose algo más, principalmente la misión de Cinaloa que fué conquistando varias tribus septentrionales y empezó felizmente la reducción de los mayos que llegaban ya casi al río Hiaqui dentro del presente estado de Sonora. Cuatro años después tuvieron el consuelo muchas de estas misiones de recibir por primera vez la visita de su Obispo, que era el de Guadalajara. El Ilmo. Sr. Fray Juan del Valle, deseando conocer las nuevas ovejas que el celo de los jesuitas le iba conquistando en las vastísimas regiones que se extienden al norte, dispuso hacer una visita, si no a todos los puestos, por lo menos a los principales donde residían los Padres de la Compañía. Quedó muy complacido del progreso feliz que iba haciendo nuestra santa fe en medio de aquellas tribus antes desconocidas, y vuelto de su excursión, él mismo escribió a Felipe III la feliz impresión que le había causado la visita de aquellas misiones. Merecen copiarse las palabras que dirigía a Su Majestad sobre este punto. «En este obispado de Guadalajara, dice, que es de la Nueva Galicia y Vizcaya, están las misiones que tienen en este Reino los Padres de la Compañía de Jesús que se dicen de Cinaloa y de la Sierra y de los tepehuanes y gigimes y las de la Laguna y las Parras. Helas visitado todas y hallado que cumplen con muy grande ejemplo y provecho sus obligaciones y descargan muy bien la conciencia de Vuestra Majestad y pluguiere a Dios que todas las doctrinas de los indios estuviesen tan bien administradas y servidas como lo están estas misiones. Tienen falta de religiosos, la cual no pueden suplir por acá y así Vuestra Majestad hará muy gran servicio a Nuestro Señor y gran bien a los naturales de estos Reinos y circunvecinos a las dichas misiones, si mandare que traigan de España muchos religiosos para que se ocupen en estos ministerios. Que si estas misiones fuesen bien ayudadas y socorridas, es mejor modo de ganar almas y dilatar la cristiandad que por conquistas ni entradas» (2).

No nos detendremos en referir hechos particulares que ocurrieran, y muy dramáticos, en el curso de estas misiones; tampoco podemos enumerar las tribus y pueblos que sometieron su cerviz al yugo del

(1) Sevilla. Arch. de Indias, 58-3-16. Velasco á Felipe III. Méjico, 24 Mayo 1609.

(2) *Ibid.*, 67-1-34.

Evangelio. ¿Quién podría retenerlos todos? Chichimecas, ahomes, gigimes, acajes, zuaques, nebomes, tehuecos, guazabes, chinipas, ocoirís, mayos, uros, etc., etc. ¿Quién podría retener la letanía interminable de los pueblos evangelizados por nuestros fervorosos misioneros? Solamente indicaremos al fin los puestos principales de residencia que tenían nuestros Padres y el número de religiosos que regaban con su sudor estos campos, según nos lo expone un catálogo llamado *Index Rerum* que se mandó al P. Aquaviva en 1614 (1).

Según este catálogo, residían en Zacatecas, que era como la primera estación para acercarse a estas misiones, nueve de los Nuestros: cinco sacerdotes y cuatro Hermanos coadjutores que tenían una escuela de leer y escribir. En Guadiana o Durango, residían tres sacerdotes y otros tantos coadjutores; en San Luis de la Paz, dos sacerdotes y un Hermano; en la misión de Cinaloa, trece sacerdotes y cuatro coadjutores repartidos en varios puestos. La misión de San Andrés era sustentada por seis sacerdotes; en la de Topía trabajaban cinco; otros cinco en la de tepehuanes, y por fin, otros cinco Padres sostenían la misión de Parras. Entre todos eran cincuenta y seis individuos, los cuales se mantenían con las limosnas del Rey y de otros particulares. Advierte el catálogo que todos ellos no tenían deudas y vivían contentos con su pobreza; pero hace una especie de excepción en Cinaloa, donde advierte que la pensión del Rey no bastaba de ningún modo para sustentar a los diez y siete, y por eso se había tomado el arbitrio de poner cierto ganado de que cuidaba un Hermano coadjutor, con cuyo producto se aliviaba la necesidad de los Padres. Así continuaban nuestros misioneros de Nueva España entre grandes penalidades exteriores, venciendo la dificultad de aprender varias lenguas indígenas y expuestos bastante á la inestabilidad y a las revoluciones de pueblos bárbaros, sembrando la palabra evangélica en aquellos campos que no dejaron de dar ricas y abundantes mieses a las trojes de nuestra Santa Madre Iglesia.

(1) *Mexicana. Catalogi*, 1580-1653.